

DOS REFLEXIONES EN TORNO A LA OBRA DE SANTIAGO TALAVERA.
Por Carlos Rodríguez Gordo.

En las bambalinas del progreso hombres íntegros proseguían integralmente la desintegración progresiva de la materia viva desamparada.

Jacques Prevert

Los espacios se superponen entre opacos y transparentes, los objetos se acumulan en un abrumador desorden, las topologías enloquecen. Constantemente brilla de una forma nada latente la apelación a lo imaginario, a la brutal imposibilidad de una aproximación totalizadora, racional, aglutinante.

En el interior de cada obra late un enorme corazón con forma de paradoja. Lo divergente convive en un espacio complejo, que se transmuta en un mágico lugar donde sucede inexplicablemente el misterio de los sueños.

Y uno tiene la impresión de estar contemplando la proteica visión de un espejismo que se materializa por unos instantes. Un espejismo en el que esa materia viva desamparada de la que habla Jacques Prevert se convierte en protagonista; una materia que se traduce en espacios y objetos que se acumulan, que se entrecruzan de forma desordenada, olvidados definitivamente por un sujeto que ya está muy lejos, deseando cualquier otra cosa.

Porque lo que importa es todo aquello que ese sujeto voraz, empeñado en el imposible encuentro con su verdadero deseo, va dejando atrás, olvidado, desamparado en la oscuridad y privado de esa mirada que lo ilumine desde el otro lado del espejo.

¿Qué sucede con los objetos y espacios que protagonizaron esos deseos que terminaron por consumirse?

Los espacios complejos, divergentes, contradictorios e imaginarios que aparecen en todos y cada uno de esos cuadros pretenden ser una respuesta. Una respuesta a la pregunta sobre el destino de lo que en su momento fue amado por un caprichoso Narciso, constantemente en trance de ahogarse en su propio reflejo.

Y cada ahogamiento es una nueva puerta que se abre a un nuevo reflejo, en un interminable laberinto de inmersión y emersión que va dejando atrás un rosario de deshabitadas orillas que el pintor reconstruye con la precisa minuciosidad del dibujante.

Solo sosteniéndose sobre ese entramado de finas líneas trazadas sobre el blanco lienzo es posible que sobrevivan como un Frankenstein esos reflejos, privados ya de ese sujeto que los hizo ser iluminándolos fugazmente con la entorcha de su deseo.

La melancólica mirada que el pintor tiende hacia esos paraísos perdidos necesita del dibujo para brindar al espectador la posibilidad de mirar hacia atrás, hacia uno esos cementerios imaginarios donde vamos tirando todo aquello que ya no queremos.

Y quizá la oportunidad de intuir alguna verdad eterna.

*No es menos cierta la vida que se vive de ojos para dentro,
la que se sueña descolgándose desde las nubes hasta las ramas, la que se siente descalza sin apenas rozar de puntillas el suelo
y pone lo que ostentadamente falta donde claramente no sobra, la del humo antes del fuego,
la que sin pensarlo sale de la casa por la ventana
saltando por encima del frío y el hambre,
con la mirada inyectada en sueño.*

Carlos Rodríguez Gordo.